

Tiempos de guerra

JORGE BRAVO

El camino hacia la Humanitaet
pasaba por la barbarie.
JOHANN MOST

La lente registra, captura, incólume, instantes de ignominia. En las celdas y en los pasillos de la prisión de Abu Gharib, en las afueras de Bagdad, el objetivo de una cámara fotográfica –propiedad del ejército estadounidense– recorre y observa plásticamente el trabajo de algunos verdugos profesionales. La soldado Lynndie England confirmó lo dicho por Haydar Sabbar Abed, prisionero iraquí, a la BBC: “nos hicieron actuar como perros, poniendo correas alrededor de nuestros cuellos”.

En el programa 60 Minutos de la cadena CBS se transmitió una serie de fotografías de tortura y humillación en contra de presos iraquíes. Posteriormente The Washington Post publicó otras nueve imágenes. Días más tarde el semanario The New Yorker dio a conocer una nueva fotografía donde dos perros agresivos amenazan con atacar a un prisionero visiblemente horrorizado. Describir todas y cada una de las fotografías resulta inútil. El desnudamiento que tanto veja, predominó en ellas. Acorde con los tiempos actuales, la indignación se globalizó. A pesar de la censura de algunas instituciones mediáticas, las imágenes se socializaron a través de “canales de resistencia”, mass media alternativos como la internet. Precisamente en respuesta a lo ocurrido en Abu Gharib, integrantes de una célula terrorista –vinculada a Al Qaeda– decapitaron a Nicholas Berg, un

civil estadounidense. El video se difundió al mundo a través de la página de internet de la organización Muntada al-Ansar Islamist; aunque también se habló de un material preparado ex profeso por Estados Unidos para exhibir la brutalidad musulmana, e incluso se sospecha si realmente ocurrió la muerte de Berg.

La administración Bush calificó la repetición de las fotografías por parte de las televisoras árabes Al Jazeera y Al Arabiya como “propagandista”. Por supuesto. Porque en tiempos de guerra la información siempre es propaganda... y los medios de comunicación institucionales siempre apoyan a sus respectivos regímenes... y la propaganda siempre ha servido al poder. Como acertadamente dijo Karl von Clausewitz: “todas las guerras deben ser consideradas –en primer plano– como actos políticos”.

Pero no debemos caer en el sentido peyorativo del término “propaganda”. A diario convivimos con ella y no siempre implica mentiras, manipulación o desinformación. El propio Joseph Goebbels decía que la propaganda realmente efectiva debía contener un elevado



Arturo Ortiz

porcentaje de verdad (de lo contrario el enemigo o la realidad misma demostrarían su falsedad) y debía darse a conocer a la sociedad a través de medios de comunicación que llamen poderosamente la atención; de preferencia –recomendaba Goebbels– debían utilizarse todos los medios posibles de manera simultánea. Él decía que “la política de las noticias es un arma de guerra; su propósito es el de hacer la guerra y no el de dar información”. Asimismo “todo fragmento de propaganda debía expresar un contenido político”. Lo que ocurre es que en tiempos de guerra los intereses en juego son de enormes proporciones. Para quien crea que no es pertinente apoyarnos en Goebbels por haber sido un ideólogo del totalitarismo, lo cierto es que sus principios propagandísticos son utilizados mucho más de lo que imaginamos por países supuestamente democráticos. Además, teóricos de la comunicación como Marshall McLuhan han propuesto ideas similares. McLuhan dijo que “la verdadera guerra, la guerra total, es hoy una guerra de información. La libran los sutiles medios informativos eléctricos... en frío y sin cesar.” También creía que “el efecto de un medio sólo se fortalece e intensifica porque se le da otro medio que le sirve de contenido”.

A diferencia de la primera guerra del Golfo Pérsico en 1990, en la cual la CNN transmitió en exclusiva y “en vivo” los combates y los bombardeos, 14 años después la opinión pública ha podido conocer, al menos de manera parcial, los dos puntos de vista ante un mismo conflicto: el musulmán y el de la coalición. En ambos casos los medios de comunicación han estado controlados por los gobiernos respectivos y responden a intereses muy particulares. Sin embargo, sería ingenuo pensar que las televisoras árabes son más objetivas en comparación con los mass media ingleses, españoles, italianos o estadounidenses. Ciertamente no lo son, pero en cambio sí han difundido imágenes y testimonios de la guerra que los medios de comunicación occidentales no han divulgado. Todos sabemos que la BBC desvió la atención

en torno al sospechoso suicidio del científico inglés David Kelly, quien no pudo garantizar la existencia de armas de destrucción masiva en Irak, motivo por cual se desató la guerra preventiva. Los medios británicos –sensacionalistas per se– calificaron al inspector de armas como “traidor” y “soplón”. Televisión Española, el diario El País y otros más fueron adictos a la política de José María Aznar mientras permaneció en el poder. La manipulación informativa del gobierno aznarista quedó demostrada después de los atentados en Madrid el 11 de marzo. El Corriere della Sera del histriónico presidente-empresario Silvio Berlusconi lanzó los peores vituperios en contra del nuevo mandatario español, José Luis Rodríguez Zapatero, por haber ordenado el retiro inmediato –“apresurado” y “unilateral”– de sus tropas emplazadas en el país árabe.

Según George W. Bush, los “aborrecibles” (“Torture is abhorrent”) abusos cometidos en contra de prisioneros iraquíes son el resultado de que “en una democracia no todo es perfecto”. Pero la imperfección democrática de Estados Unidos no es nueva: la “barbarie civilizada” yanqui (Michael Löwy) se inició con la bomba atómica en Hiroshima y volvió a repetirse en la guerra de Vietnam; otra fotografía permanece como documento: la niña vietnamita lanzando alaridos, completamente desnuda, incendiada por el napalm. Bush sabe mejor que nadie que la democracia estadounidense no es perfecta cuando su triunfo electoral aún es discutible. La democracia imperfecta de Estados Unidos olvidó el artículo tercero del Convenio III de Ginebra, aprobado el 12 de agosto de 1949, relativo al trato debido a los prisioneros de guerra: “serán, en todas las circunstancias, tratados con humanidad, sin distinción alguna de índole desfavorable, basada en la raza, el color, la religión o la creencia, el sexo, el nacimiento o la fortuna...,” quedando prohibidos “los atentados contra la vida y la integridad corporal... las mutilaciones, los tratos crueles, la tortura, los suplicios, los atentados contra la dignidad personal,

especialmente los tratos humillantes y degradantes”. Es tan imperfecta la democracia estadounidense que cuando el periódico The Seattle Times publicó una fotografía donde se observan los ataúdes de soldados caídos en Irak tomada por Sami Silicio, la empresa donde ella trabajaba (Maytag Aircraft) la despidió.

Los medios de comunicación se han regodeado con el escándalo de las fotografías de tortura. En México el impacto fue menor debido a que los titulares de la prensa estuvieron dedicados a otro escándalo: el de Carlos Ahumada y la crisis diplomática con Cuba, y luego las imágenes de “ovnis” detectados por el ejército mexicano para desviar la atención de todo lo anterior.

Evidentemente las fotografías de vejaciones fueron tomadas por personal militar estadounidense, acreditado para dicha labor por el Departamento de Defensa. Éste debió tener un estricto control sobre semejante material. ¿Cómo pudieron escapar al Pentágono? La actitud triunfalista de algunos soldados ante las humillaciones demuestra que las fotografías no suelen divulgarse, de lo contrario los torturadores pecarían de ingenuos. Sólo el Pentágono o la Casa Blanca pudieron autorizar (así como los actos de tortura mismos) la filtración de las fotografías a la prensa; como acertadamente dijo McLuhan: “el alto secreto es traducido en participación y responsabilidad públicas en virtud de la máxima flexibilidad de controladas filtraciones a la prensa”.

Algunos analistas aducen que militares británicos y estadounidenses dieron a conocer las imágenes en una actitud crítica ante las medidas adoptadas por la coalición en territorio iraquí. Pero también es posible una estrategia distractora y legitimadora al mismo tiempo: legitimadora porque independientemente del escándalo, el gobierno de Estados Unidos puede aducir su vocación democrática al “permitir” que los medios de comunicación (incluso The Washington Post, uno de los que más ha “apoyado” la invasión a Irak) divulguen información aparentemente contraria a los intereses de la Casa

Blanca. Distractora porque la “guerra contra el terrorismo” persigue objetivos muy distintos a la erradicación de armas de destrucción masiva o a la captura del casi olvidado por los mass media Osama Bin Laden. En este sentido la propaganda bélica estadounidense fue impecable, al más puro estilo de Clausewitz: el pretexto de las armas de destrucción masiva sirvió para que Saddam Hussein se desarmara y se colocara en una situación desfavorable ante la inminente invasión, pues en una guerra el propósito consiste en desarmar al enemigo. Mucho se ha hablado del petróleo; pero también puede estar en juego una estrategia geopolítica: de aceptarse la incursión de Turquía a la Unión Europea, la frontera del enorme bloque comercial colindaría –precisamente– con Irak, como en tiempos del imperio Romano, algo inaceptable para el imperialismo yanqui. Otra circunstancia es la reelección presidencial de Bush en noviembre próximo.

La propaganda bélica estadounidense siempre ha sido –históricamente– la misma. En Irak no fue la excepción. Parte de un principio democrático y libertario. Iniciar una guerra para terminar con todas las guerras, derrocar a los tiranos e implantar la libertad. Lo dijo Roosevelt y lo repitió Bush. Éste declaró la “guerra con-



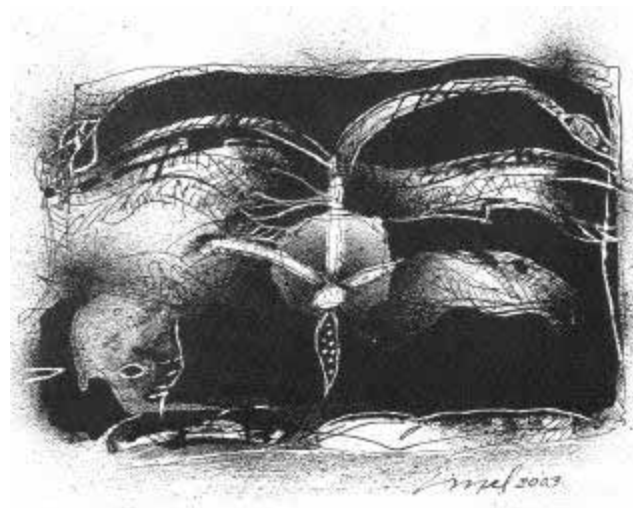
tra el terrorismo” y el “eje del mal”. Sin embargo, “la guerra es un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario”. Según Clausewitz, un conflicto bélico no obedece a aspiraciones de índole sentimental sino estrictamente racionales, meditadas, lógicas; las emociones no juegan un papel fundamental; el instinto se civiliza. Una guerra nunca se declara a un ente abstracto, como lo es el terrorismo, cuyos ejecutantes actúan en el anonimato. En todo caso debemos entender el nuevo terrorismo internacional –según Walter Laqueur– como un sustitutivo de la guerra entre los Estados. Por si fuera poco (así lo demuestran las fotografías de Abu Gharib y las masacres sistemáticas en la ciudad de Fallujah), Clausewitz nos enseña que en la guerra “el que usa esta fuerza con crueldad, sin retroceder ante el derramamiento de sangre por grande que sea, obtiene una ventaja sobre el adversario, siempre que éste no haga lo mismo”.

En tiempos de guerra siempre ha existido la tortura y las vejaciones al enemigo, es decir, no suelen respetarse los derechos humanos independientemente de los tratados internacionales. No es lo deseable, pero así ocurre. Los medios de comunicación masiva (salvo honrosas excepciones muy particulares) están controlados por los gobiernos por la sencilla razón de que lo que está en juego en un conflicto bélico es de enormes proporciones.

La “barbarie civilizada” propuesta por Micheal Löwy (hoy en día Estados Unidos va a la vanguardia en ella) implica la utilización de técnicas modernas de exterminio (como las bombas de fragmentación empleadas por el ejército estadounidense en Irak a pesar de estar prohibidas: “Toda nueva tecnología necesita una nueva guerra”, aseguró McLuhan); la despersonalización de la masacre; una gestión burocrática-administrativa eficaz y planificada (la prisión de Abu Gharib y la lista de técnicas del Pentágono para interrogar a prisioneros de guerra son sólo un ejemplo) y una ideología legitimadora (los valores liberal-democráticos, la lucha contra el terroris-

mo, etcétera). Pero a las características mencionadas por Löwy quisiéramos agregar una más: el control institucional de medios de comunicación masiva con influencia a nivel planetario para que esa ideología legitimadora y los demás elementos de la “barbarie civilizada” tengan el efecto deseado.

La de George W. Bush parece una táctica (no pretendemos validar la tesis de Samuel Huntington: “el choque de civilizaciones”) de provocación, de prolongación indefinida de la guerra; no obstante el 30 de junio la ONU asumirá el control político de Irak cuando le sea devuelta la soberanía. Lo anterior fue claramente percibido por el presidente francés Jacques Chirac, después de difundirse las fotografías de vejaciones por parte de soldados estadounidenses y británicos: “cada vez que uno humilla, de una forma o de otra, crea reflejos de agresividad...” En efecto, las imágenes (así como los asesinatos de líderes palestinos por parte de Israel) buscan provocar la ira de los pueblos árabes. Bush sabe perfectamente que su política desatará aún más la “propaganda con los hechos”, es decir, el terrorismo que pretende combatir. Es obvio que quien le declara la guerra a una abstracción no espera de manera inmediata el fin de las hostilidades. Aún faltan por librarse muchas batallas. Los medios de comunicación tienen asegurado el rating y las ganancias por un buen rato.



Mel